

Capítulo 11:

¿Cuántos políticos hacen falta para cambiar una bombilla?

El origen de la política está tan vinculado a la sedentarización y al establecimiento de núcleos poblacionales permanentes, que el propio término, “política”, de origen griego, es una construcción etimológica que proviene de las palabras “asuntos de las ciudades”, o “de, para o relacionado con los ciudadanos”.

En la actualidad, la [política](#) se considera una rama de las ciencias sociales que estudia el poder público o del estado, que se ocupa de la actividad en virtud de la cual una sociedad libre, compuesta por personas libres, resuelve los problemas que le plantea su convivencia colectiva. Se considera política toda actividad, arte, doctrina, opinión, cortesía o diplomacia que se dedique a asuntos relacionados con el poder público, sea a su búsqueda, ejercicio, modificación, mantenimiento, preservación o a su desaparición. La política es un término multifacético: se conjuga, en numerosas ocasiones, con definiciones positivas o negativas. Mientras las positivas suelen hacer referencia, con connotaciones constructivas o éticas, a la disposición a obrar en una sociedad utilizando el poder público organizado para lograr objetivos provechosos para todo un grupo, las negativas o fatalistas, ampliamente implantadas en la sociedad por razones históricas desde hace siglos, tienden a buscar equivalencias con la lucha o con el conflicto entre individuos y grupos para perseguir y conquistar el poder, y utilizarlo en su provecho. Pero sin duda, hay una cosa clara: nadie puede mantenerse completamente al margen de la política, y son muy pocos aquellos a los que la política deja indiferentes.

En las sociedades primitivas, el paso de grupos de cazadores o recolectores, en comunidades pequeñas, no jerarquizadas y autosuficientes en las que los roles se asignaban simplemente en función de la oportunidad y de las capacidades, a núcleos con asentamientos permanentes que cultivaban la tierra y precisaban una organización y una gama creciente de servicios permitió que aquellas personas que destacaban en la tarea organizativa o que fuesen capaces de ejercer una influencia sobre otros se convirtiesen en reyes, que recibían una consideración divina, que traspasaba su autoridad a sus hijos, y que se fueron rodeando de una corte de asesores o ayudantes que, por un lado, les ayudaban a mantener su poder y a asegurar un flujo de ingresos constante, y por otro, se beneficiaban de la proximidad a ese poder. Típicamente, esas élites tendían a tratar de negociar su poder y sus privilegios con el rey, y sus acuerdos evolucionaron con el tiempo para convertirse en el origen de las [constituciones](#), entendidas como forma de regular el poder del estado y al propio monarca que lo ejercía.

Se tardó muchos siglos en despojar a la primera y primitiva forma de gobierno, la monarquía, de su [carácter divino](#), para pasar a considerarla, salvo excepciones prácticamente anecdóticas

en la actualidad, simplemente como una forma de administración más o menos representativa del estado y con un poder habitualmente reducido a lo simbólico. También fueron muchos los años que tuvieron que pasar, oficialmente hasta el [tratado de Westfalia](#), en 1648, para que pudiéramos considerar agotados los primitivos modelos feudales y las estructuras que rodeaban esas monarquías y se diese paso a organizaciones territoriales y poblacionales definidas en torno a un gobierno que reconoce sus límites espaciales, y por lo tanto, de poder, a los llamados estados-nación. Un estado-nación, generalmente abreviado como estado, suele caracterizarse por tener un territorio claramente definido, una población constante aunque no fija, y un gobierno, así como por atributos menores más discutibles como un ejército permanente y un cuerpo de representación diplomática encargado de la política exterior. Como tal se considera estado al conjunto de instituciones que poseen la autoridad para establecer las normas que regulan una sociedad, y tienen la capacidad para mantener la soberanía interna y externa sobre un territorio definido, incluyendo el control de instituciones tales como las fuerzas armadas, la policía, la administración pública o los tribunales.

Obviamente, esa autoridad y esa soberanía pueden mantenerse mediante múltiples métodos o [formas de gobierno](#), más o menos autoritarias o democráticas, más o menos centralizadas, con una ideología más o menos clara, con numerosos tonos de necesarios grises y habitualmente con muchas dificultades a la hora de clasificarlas o de encuadrarlas en una definición concreta. En la mayoría de los estados modernos, lo habitual es que los ciudadanos se agrupen en partidos políticos que representan en mayor o menor medida sus ideas, con los que suelen alinear sus puntos de vista y ponerse de acuerdo para mantener una posición razonablemente homogénea con respecto a una amplia variedad de temas, para dar su apoyo a unos determinados líderes y para proponer una serie de leyes o cambios a las leyes existentes. Esos partidos compiten por el gobierno en elecciones en las que los ciudadanos votan y expresan su preferencia. Habitualmente, existen además sistemas que consagran de una manera más o menos rigurosa la [separación entre los poderes](#) ejecutivo, legislativo y judicial, y se suelen disponer [sistemas de poderes y contrapoderes](#) capaces de plantear un cierto equilibrio en el uso de esos poderes.

Pero ese esquema, que probablemente defina de manera razonablemente ajustada una buena parte de los estados considerados democráticos modernos, no es necesariamente definitorio de ningún tipo de progreso o de ideal, y considerarlo así sería sumamente pretencioso y eurocéntrico. Es importante evitar, en este tipo de análisis, una visión centrada en lo occidental: mientras la mayoría del mundo occidental confía en la democracia como la mejor manera de administrar una sociedad, una buena parte del mundo árabe parece preferir organizarse de manera teocrática y mediante la interpretación más o menos literal de reglas inspiradas en la religión islámica, y otros países confían en regímenes de otros tipos. Dentro de este amplio abanico debemos considerar desde dictaduras que desprecian los derechos de sus ciudadanos, hasta democracias con dudas sobre los límites de libertades tan básicas como la de expresión o información.

¿Existe una forma universal de administrarse como sociedad que sea inherentemente mejor que otra? De nuevo, desde una óptica occidental, tendemos a pensar que la democracia, con la teórica soberanía del pueblo, lo es, y que la [Declaración Universal de los Derechos Humanos](#) es el conjunto de normas que deberían regir el entorno en el que todos los individuos desarrollan sus actividades. Pero obviamente, no todos los países se rigen por esos principios: desde países como Arabia Saudí o la antigua Unión Soviética, que ni siquiera firmaron esa declaración, hasta otros como China o Irán, que pese a haberla firmado, no han optado por la democracia como forma de gobierno, o lo han hecho bajo conjuntos de normas, religiosas u operativas, que la limitan severamente.

Concretamente, el país más populoso del mundo, China, carece de muchos de los rasgos definidos en los párrafos anteriores, tomó desde hace décadas un camino completamente diferente: un sistema de gobierno de partido único que ejerce una autoridad altamente centralizada, que regula prácticamente cada aspecto de la vida pública y privada, pero que ha sido capaz de generar un progreso económico sin precedentes y de [situar por encima del umbral de la pobreza al mayor número de personas de la historia](#), setecientos millones. El presidente chino, [Xi Jinping](#), de hecho, reclama constantemente el derecho de cada país a escoger independientemente su propio camino hacia el desarrollo y su modelo de regulación, y el éxito económico de su país, posibilitado sin duda por una interpretación radicalmente unilateral y sesgada de las relaciones internacionales y comerciales, lo ha convertido, según muchos analistas, en [el próximo líder económico y tecnológico mundial](#) tras muchas décadas de dominación estadounidense.

Las ideologías políticas suelen describirse mediante descripciones relativamente simplistas, que provienen fundamentalmente de la tradición. La división del espectro político entre izquierda y derecha surgió con la Revolución Francesa de acuerdo al lugar que los distintos grupos ocupaban en la Asamblea Nacional, y su significado no solo tiene amplias variaciones entre los diferentes países, sino que además, se ha complicado a lo largo de los años. Por lo general, se suele decir que la derecha tiende a valorar la tradición y la desigualdad, mientras que la izquierda valora el progreso y el igualitarismo, mientras el centro trata de buscar un equilibrio entre ambos mediante sistemas como la socialdemocracia, el libertarismo o el capitalismo regulado. Asimismo, podemos dividir las ideologías en otro eje entre autoritarias y libertarias, en función del nivel de libertad individual que cada persona posee en esa sociedad en relación con el estado. Generalmente se describen los sistemas políticos autoritarios como aquellos en los que los derechos y objetivos individuales están condicionados por los objetivos, expectativas y conformidades del grupo, mientras que los libertarios generalmente tienden a oponerse al estado y mantienen la condición soberana del individuo.

Los distintos países han ido deviniendo en sistemas en los que estos componentes adquieren un peso y un equilibrio mayor o menor, y cuya evaluación depende en muchas ocasiones del punto de vista relativo de quien juzga. El republicano medio en los Estados Unidos, seguramente, sería visto como un ultraderechista en muchos países europeos, mientras que muchos progresistas moderados en Europa serían en los Estados Unidos calificados como prácticamente filocomunistas. La gran verdad es que, salvo en las posiciones más extremistas

y generalmente populistas, ya quedan muy pocos que aboguen por un capitalismo neoliberal ultramontano sin ningún papel redistributivo del estado, menos aún pretenden sistemas basados en un comunismo que demostró masivamente su fracaso, y la mayoría de los partidos políticos han diluido sus programas hasta dedicarse simplemente a la gestión de problemas, a presentar esos problemas en función de determinadas prioridades, y, sobre todo, a ser capaces de firmar un crecimiento económico determinado durante el tiempo que estuvieron en el gobierno - crecimiento que, en la mayoría de los casos, no tuvo, además, demasiado que ver con su gestión, sino con otras variables macroeconómicas que no estaban en absoluto bajo su control.

En muchos países, de hecho, la evolución de estas ideologías ha devenido en su uso como etiquetas destinadas a simplificar la política de manera cada vez más burda. Surge la interpretación de la democracia como [partitocracia](#), el gobierno por parte de unos partidos convertidos en estructuras que dejan de representar a los ciudadanos para pasar a representarse a sí mismos, estructuras completamente profesionalizadas y en las que a menudo no están los mejores pensadores o los más inteligentes de la sociedad, sino aquellos que llegan a ellas y progresan en los escalafones de los partidos bien por tradición, por albergar inconfesables ansias de poder o simplemente estando ahí, arrimándose a las personas adecuadas y no molestando demasiado. Como organizaciones, los partidos políticos no suelen ser conocidos ni por ser especialmente eficientes, ni por premiar a aquellos que más talento tienen. La partitocracia como degradación de la política es uno de los mayores problemas que tienen muchas sociedades actuales, que en muchos casos termina por devenir en el [populismo](#). De la partitocracia emerge la corrupción, porque los partidos llegan a ver como perfectamente normales el establecimiento de métodos de financiación que les proporcionen privilegios frente a otros, y a entenderlo como una causa de fuerza mayor, como una especie de “nueva normalidad”, confundiendo los fines con los medios y desconectándose cada vez más de los ciudadanos, a los que en muchas ocasiones se limitan a tratar de convencer, con argumentos burdos e hipersimplificados, cada vez que llega otro proceso electoral. Emergen también los pactos capaces de justificar cualquier cosa con tal de mantener un poder establecido como fin último, y emergen leyes que consagran privilegios e inmunidades para los representantes y las estructuras de los partidos que llegan verdaderamente a recordar a la corte de Versalles.

A lo largo del tiempo, en muchos países, esta evolución ha devenido en un progresivo descrédito de la clase política, que mina la confianza de un ciudadano que, en numerosas ocasiones, no vota a aquel partido que le promete más o menos cosas en su programa electoral, sino a aquel con el que se siente identificado, como si se tratase de un equipo de fútbol, por tradición o por argumentos generalmente muy simples.

¿Cómo se ha visto afectada la política por el desarrollo de la tecnología? Sin duda, la llegada de internet ha afectado tanto a la política como pudieron hacerlo, en épocas anteriores, tecnologías como el fuego, la fundición de los metales, la navegación o la electricidad. La difusión de internet como innovación tuvo lugar en un contexto inicialmente norteamericano debido al papel central que los Estados Unidos jugaron en la definición de los protocolos y

esquemas de funcionamiento de la red, al hecho de que en ese país se ubicasen sus primeros nodos, y de su origen a partir de un proyecto federal en los años '60 que trataba de construir una infraestructura de comunicación robusta y tolerante a fallos que sirviese como columna vertebral para la interconexión de redes académicas y militares. Sin embargo, el inicio de la popularización de internet encontró a la realidad de la política con el pie cambiado, con responsables de comunicación en los partidos adictos a los medios de comunicación tradicionales como los carteles, los mítines y la televisión, y sin demasiada idea de cómo utilizar aquel nuevo canal. Internet, pero sobre todo, la popularización de las redes sociales, ha cambiado de manera dramática la forma en que se planifican y se llevan a cabo las campañas políticas: las redes sociales se convirtieron en la plataforma en la que los políticos necesitaban presentarse, establecerse, dialogar y comprometerse con los votantes. En un futuro digital, los medios sociales pasan a ser, para los políticos, más importantes que los medios tradicionales: en muchos sentidos, en el marketing y la comunicación política tuvo lugar el mismo fenómeno que hemos experimentado en muchos otros ámbitos: [los mad men fueron destronados por los math men](#), los genios creativos que ideaban las consignas y las distribuían en medios convencionales fueron claramente desplazados por genios de las matemáticas capaces de plantear segmentaciones certeras mediante todo tipo de variables sociodemográficas que permitían impactar a cada votante con aquellos mensajes que más susceptibles eran de provocar su movilización.

¿Cómo llegamos hasta ese punto? Cuando, a finales de 2010, las redes sociales desencadenaron en algunos países como Túnez, Egipto, Siria o Libia la llamada [Primavera Árabe](#), la evidencia se materializó delante de toda una generación de políticos, de los cuales la gran mayoría no estaban preparados para saberla leer: en esos países, en general gobernados por tiranos, autócratas o dictadores que sometían a sus ciudadanos a una severa censura a través de los medios de comunicación convencionales como prensa, radio y televisión, redes sociales como Facebook y Twitter o páginas creadas por autores de todo tipo en plataformas de publicación habían hecho posible la difusión de mensajes que escapaban al control gubernamental, y la aparición de un tejido social que reflejaba un creciente descontento y que podía saltar ante cualquier provocación. De hecho, las fuerzas policiales trataron de reprimir la participación en redes sociales y en páginas web, encarcelaron a *bloggers* y hasta torturaron a algunos activistas para que les entregasen sus contraseñas de Facebook con el fin de intentar infiltrar o desactivar algunos grupos, pero todo fue inútil. Cuando, tras la auto-inmolación pública en Túnez de [Mohamed Bouazizi](#), un vendedor callejero humillado por la policía, las revueltas estallaron y se contagiaron rápidamente por una buena parte del mundo árabe.

La Primavera Árabe fue, sin duda, una llamada de alerta para muchos políticos en todo el mundo. Gobiernos como China, que llevaba ya años siendo consciente del peligro que podía suponer para su régimen la circulación sin límites de todo tipo de información, se protegieron mediante el desarrollo del [mayor sistema de control y censura](#) jamás diseñado por país alguno, mientras que en otros países comenzamos a ver un uso de la red cada vez más organizado. En los Estados Unidos, las campañas presidenciales de [Barack Obama](#) en [2008](#) y [2012](#) hicieron un fortísimo uso de las redes sociales tanto para buscar financiación como para hacer llegar el

mensaje a los electores norteamericanos. En las siguientes elecciones presidenciales, las de 2016, la situación fue completamente diferente: las redes dejaron de ser utilizadas para difundir los mensajes y consignas de los candidatos, y pasaron a ser utilizadas para la intoxicación y la búsqueda de la polarización del votante. La combinación de la irresponsabilidad de compañías como Facebook a la hora de custodiar los datos personales de sus usuarios y la [intervención de una potencia extranjera, Rusia](#), que previamente había adquirido experiencia en múltiples elecciones anteriores en las antiguas repúblicas soviéticas, dieron lugar a una de las campañas electorales más virulentas de la historia reciente del país, y a la elección de un candidato, [Donald Trump](#), completamente inesperado y, posiblemente, con el perfil menos presidencial o presidenciable de la historia. El gobierno ruso, aprovechando el hecho de que [cada vez más norteamericanos se informaban y formaban su opinión con noticias que leían en las redes sociales](#), no solo [llevó a cabo](#) múltiples [campañas en Facebook](#), en [Google](#), en [Instagram](#) y en [Twitter](#) con [anuncios](#) que exacerbaban deliberadamente determinados aspectos de la política, como el supremacismo blanco o el odio a lo extranjero, a niveles que se creían completamente superados en los Estados Unidos, sino que además, puso en marcha toda una [maquinaria de producción de noticias falsas](#) que pudo alcanzar hasta a setenta millones de ciudadanos, creó cientos de [perfiles inventados de supuestos norteamericanos](#) e inexistentes [grupos activistas](#) dispuestos a difundirlas y a entrar en incendiarias discusiones sobre el tema, y obtuvo y difundió a través de las redes sociales [documentos verdaderos y falsos sobre la campaña de los demócratas](#). Algunos asesores de Barack Obama, expertos en el uso de redes sociales para sus dos previas campañas electorales, detectaron algunos de estos patrones e incluso [llegaron a advertir a Facebook](#) sobre esta cuestión, para encontrarse con que la compañía se limitaba a minimizar su posible impacto.

Demasiado tarde para evitar ya sus efectos, los norteamericanos se enteraron, aunque muchos aún lo niegan varios años después a pesar de las múltiples evidencias y pruebas, de que no tuvieron en realidad una campaña electoral, sino [un auténtico reality show producido desde Rusia](#) en el que la imagen de los candidatos fue manipulada de manera constante, en el que se generaron estados de opinión completamente desbocados y radicalizados a golpe de intervenciones febriles en las redes sociales, para dar lugar finalmente al desenlace que muy pocos esperaban, pero que estaba inicialmente planeado: la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca. Una maniobra política con un nivel de intensidad sin precedentes que fue capaz de manipular con éxito las elecciones del país hasta entonces más poderoso del mundo.

Obviamente, una maniobra así no solo se apoyaba en las redes sociales. Para que tuviese éxito, fue necesaria una combinación de factores que incluyó una adversaria política demócrata con muy escaso carisma y que daba el desenlace como cosa hecha porque creía enfrentarse a un candidato sin ninguna esperanza racional de ser elegido, una serie de cuestiones larvadas en torno a la amenaza terrorista y al miedo a lo extranjero susceptibles de ser exageradas y exacerbadas hasta el infinito, un movimiento racista o supremacista que nunca llegó a desaparecer del todo y que se mantenía, aunque de manera relativamente discreta, en determinados estratos sociales, y una [estructura de colegio electoral](#) que llevó a que el voto popular terminase por no tener, en realidad, excesiva importancia. Con esos ingredientes, un

buen uso de las redes sociales fue capaz de generar un nivel de virulencia brutal que dio lugar a la campaña más polarizada, agria y exagerada en sus debates de la historia reciente norteamericana, generar un auténtico río revuelto para la ganancia de un pescador determinado. Tras muchos años de guerra fría, Rusia había descubierto que la mejor manera de minar el poder de los Estados Unidos y de convertir al que era el país más poderoso del mundo en el auténtico hazmerreír mundial gobernado por un presidente ridículo era trabajando desde dentro y fomentando la debilidad fundamental de todas las democracias: el populismo. Las [investigaciones](#) llevadas a cabo por el fiscal especial [Robert Mueller](#) terminaron por afirmar, [a mediados de 2019](#), que la injerencia rusa sobre las elecciones norteamericanas estaba completamente probada, y que la única razón para no acusar y procesar a Donald Trump era su condición de presidente.

En muchos sentidos, las elecciones presidenciales norteamericanas de 2016 marcan el momento en que internet y las redes sociales perdieron ya definitivamente su inocencia, y pasaron de ser utilizadas para difundir mensajes, a servir fundamentalmente para engañar, difundir noticias falsas, provocar e intoxicar. Todo ello debido a un contexto, las redes sociales, creado por compañías que estaban demasiado ocupadas ganando dinero como para preocuparse por aspectos que consideraban al margen de su operativa como la calidad de la democracia o la posibilidad de usos torticeros de sus plataformas, que con la política, alcanzaron su máxima expresión.

¿Están los políticos en condiciones de poner bajo control este problema? Pensar que pueden regular algo de lo que precisamente algunos políticos se han beneficiado hasta el límite es una idea que resulta, como mínimo, difícil de creer. Pero además, surge otro problema: como claramente evidenció la comparecencia de directivos como [Mark Zuckerberg](#), de Facebook, o [Sundar Pichai](#), de Google, ante el Congreso de los Estados Unidos, la inmensa mayoría de los políticos no tienen realmente ni la menor idea de qué están hablando cuando entran en temas relacionados con la tecnología. No ya con los detalles técnicos, sino con el funcionamiento en los niveles más básicos o, lo que es peor, con sus posibles efectos sobre la sociedad. Esa enorme desconexión entre los políticos - no solo de los Estados Unidos, sino de la gran mayoría de los países - y todo lo relacionado con la tecnología y la innovación, sin duda uno de los factores que, como ya hemos demostrado a lo largo del libro, más condiciona el contexto en que vivimos, resulta completamente descorazonadora a la hora de plantear que la regulación pueda servir para arreglar los problemas de adaptación de la sociedad.

¿Qué ha llevado a que los políticos sean, en una gran proporción, completos iletrados en todo lo referente a tecnología e innovación, y a que se comporten como auténticos y pavorosos ignorantes en todo lo relacionado con ello? ¿Cómo puede una sociedad pretender aprovechar los beneficios y oportunidades que ofrece el desarrollo tecnológico si quienes la dirigen no se interesan por ello y se muestran incapaces de entenderlo? ¿Son los políticos el reflejo de la sociedad, y simplemente hemos llegado a un punto en el que la mayoría de las personas utilizan la tecnología para muchas cosas, pero no tienen en realidad ni la menor idea de lo que están haciendo?

Y si esta desconexión tiene lugar a nivel de la mayoría de los países, los foros internacionales como la Unión Europea o las Naciones Unidas son peores aún: caracterizados en muchos casos como los cementerios de elefantes de los partidos a escala nacional, ese tipo de foros suelen verse tan constreñidos por la necesidad de alcanzar consensos en muchas ocasiones imposibles, que prácticamente todo aquello que legislan o sobre lo que intentan influir tiende a estar mal hecho, a ser de aplicación imposible o a no servir para nada. La Unión Europea se ha caracterizado generalmente por ser capaz de construir un entorno donde los lobbies económicos campan a sus anchas e influyen a los desinformados europarlamentarios de cualquier cosa con total facilidad, y por pretender anticipar todos los posibles problemas que podrían hipotéticamente surgir de cada innovación, convirtiéndose así en un terrible freno para ella. Innovar en Europa se ha convertido en una tarea prácticamente imposible, porque cualquier innovación que pretenda cambiar algo se encontrará o bien con las precauciones y las tendencias a la hiperinflación legislativa de la Unión Europea, o con la presión de algún lobby de alguna industria afectada que consigue ilegalizar, demorar sensiblemente o imposibilitar sus planes. En el caso de las Naciones Unidas, tristemente, el fenómeno es similar: el equilibrio de poderes, la imposibilidad de llegar a consensos razonables y los derechos de veto de algunos países convierten a ese foro en fundamentalmente inoperante y, además, carente de dientes para hacer cumplir resolución alguna.

La gran pregunta, a comienzos de la tercera década del siglo XXI, es cuántos políticos hacen falta para cambiar una bombilla. Las democracias occidentales adolecen de una enorme lentitud de reacción y de un pavoroso cortoplacismo: ningún político se arriesga a tomar decisiones impopulares por simple miedo a no ser reelegido, en un contexto en el que la inmensa mayoría de los políticos viven exclusivamente de la política y se aferran a ella como a un clavo ardiendo. El país más grande del mundo, que a fuerza de rechazar el modelo democrático ha construido y perfeccionado un sistema de poder centralizado y prácticamente omnímodo con un nivel absoluto de control social, es desde hace años el mayor emisor de contaminación del mundo, y aunque todo indica que está intentando corregirlo, forma mucho más parte del problema que de la solución.

El tiempo de los políticos con carácter y determinación suficiente para tomar decisiones necesarias, aunque sean impopulares, terminó hace mucho tiempo, de manera que nadie es capaz de mirar a los ojos de la sociedad y explicarles que su forma de vida, la que conocen desde hace generaciones, está no solo condenada a la insostenibilidad absoluta, sino que además, lo estará en el espacio correspondiente a su propio ciclo vital. La crisis climática es el gran ejemplo y sin duda la más terrible de las consecuencias de la evolución de la sociedad humana, pero no el único.

En realidad, el propio sistema está completamente condenado al fracaso: ningún país sería capaz ni quiere plantearse vías alternativas capaces de cambiar las cosas por sí solo, y si lo intentase, el alcance de esos cambios sería muy limitado. Pero la ausencia de órganos a nivel supranacional capaces de hacer un diagnóstico adecuado de la situación y de imponer

medidas drásticas para cambiarla impide que la humanidad responda al reto más importante que se ha planteado en toda su historia: su propia supervivencia.

De poco sirve que el Secretario General de Naciones Unidas diga a las autoridades que participen en una cumbre [que vayan a ella con planes concretos en lugar de con simples discursos](#), si al terminar esa cumbre, el organismo va a carecer de mecanismos para imponer y hacer cumplir las resoluciones que se tomen, y más aún cuando la preocupación de los países es seguir creciendo lo más rápido que puedan, en una auténtica carrera de *lemmings* hacia el abismo. En la cumbre de París de 2015, más de dos docenas de países presentaron planes para desarrollar y escalar el despliegue de tecnologías disruptivas para producir energías limpias y frenar la amenaza climática. [La realidad en 2019 es que ninguno de esos países ha cumplido en absoluto con los planes de inversión previstos](#): los esfuerzos están por debajo de un tercio de lo esperado, y [el crecimiento en la generación de energías renovables se ha detenido](#).

[El capitalismo neoliberal ha demostrado, tras cuarenta años de experimento, ser un auténtico fracaso de consecuencias completamente desastrosas](#), y nadie parece ni estar dispuesto a salir de ese modelo fallido ni a plantearse cuál debe ser el siguiente. A lo largo de los últimos doscientos años, la humanidad consiguió pasar de un mundo en el que el 94% de las personas vivían en situación de pobreza extrema, a otro en el que hay [más personas aquejadas de obesidad que de hambre](#). Desde un punto de vista económico, sin duda, parece un milagro. Pero ese milagro ha tenido lugar a base de exprimir hasta el límite los recursos del planeta en que vivimos, y sencillamente, ya no puede sostenerse más.

Las consecuencias de ese milagro son evidentes: en un contexto en el que los programas de los distintos partidos políticos en cada país se convierten cada vez más en indiferenciables, hemos perdido el balance entre los mercados, los estados y la sociedad civil. A pesar de los avances tecnológicos y de ser cada vez más ricos, trabajamos cada vez más horas y presenciamos un incremento cada vez más drástico de la desigualdad. Somos completamente incapaces de entender y reconocer que la famosa [riqueza de las naciones](#) que postuló Adam Smith tendría ahora que generarse de manera cooperativa y no competitiva si queremos sobrevivir, y estamos sometidos a un incremento brutal de la concentración del poder de mercado que lleva a que, al ser capaces de aprovechar las ventajas de la información, comprar posibles competidores y crear barreras de entrada, las empresas dominantes, las que han sido capaces de subvertir el efecto de las fronteras, de *hackear* el sistema, generen rentas elevadísimas en detrimento de todos los demás.

¿Hacia dónde podrían apuntar las tendencias en el futuro? En primer lugar, hacia la simplificación. Todos los análisis en torno al problema actual de la política indican un elemento fundamental: hemos tratado de resolver los problemas de nuestras sociedades con las métricas equivocadas. De hecho, hemos sido enormemente simplistas, obsesionándonos con magnitudes como el [Producto Interior Bruto o PIB](#) y con su crecimiento a ultranza, sin tener en cuenta que lo que realmente mide ese parámetro no es, ni mucho menos, lo que refleja el progreso de un país ni el bienestar de sus ciudadanos. Como muy adecuadamente decía

Robert F. Kennedy, “el Producto Interior Bruto mide todo, excepto lo que vale la pena”. Si lo pensamos fríamente, la cuestión tiene mucho de absurdo: ¿de verdad alguien pretende evaluar la actividad económica de todo un país mediante un indicador tan absurdamente simple? Y peor, además de medir la actividad económica, ¿pretendemos que refleje de alguna manera aspectos importantes de la vida de las personas? ¿En qué momento una perspectiva tan increíblemente reduccionista pudo llegar a imponerse dentro de la política?

La política, en muchos sentidos, son procesos de toma de decisiones en función de variables de muchos tipos, sujetas a las acciones de una serie de agentes y a una serie de restricciones y condicionantes. En el futuro, la práctica totalidad de las magnitudes económicas de un país estarán recogidas en tiempo real en paneles que generan series numéricas, y que serán analizadas junto con otros conjuntos de datos: las noticias, el análisis de sentimiento evaluado a través de las redes sociales y las leyes y políticas entendidas como conjuntos de requisitos y restricciones de diversos tipos. Todos esos datos serán procesados con herramientas de análisis del lenguaje, modelos de *deep learning* y modelos probabilísticos con el fin de generar sistemas de soporte a la toma de decisiones que permitan a los políticos no solo tener una visión infinitamente más potente y completa que la que hoy tienen con unas pocas magnitudes macroeconómicas, sino además, estar obligados a explicar muy bien y de manera absolutamente transparente sus decisiones, sobre todo si se salen de lo esperable o pretenden ignorar restricciones establecidas. La inmensa mayoría del procesamiento de información y del trabajo analítico será llevado a cabo algorítmicamente, y las decisiones emergerán claramente de esos análisis facilitando a los políticos paneles de control que permitan una toma de decisiones adecuadamente fundamentada. Nuestros políticos no serán algoritmos ni robots, pero se apoyarán de manera abundante en ellos, y tendrán que fundamentar muy bien sus decisiones - y responder de ellas - si se apartan de lo que esos algoritmos indican. La trazabilidad de las inversiones será total y estará, además, controlada en tiempo real por algoritmos para la detección de anomalías, lo que permitirá minimizar el impacto de la corrupción y de las decisiones arbitrarias. En abril de 2018, [un supuesto candidato robótico se presentó para la alcaldía de la ciudad japonesa de Tama](#), prometiendo mayor equidad en la administración pública, eliminar la corrupción, aumentar la transparencia y responder a las peticiones y propuestas con evaluaciones basadas en la lógica. Aunque no ganó, quedó en tercer lugar, y no pasó de ser una simple anécdota, la acogida que tuvo entre los electores y los comentarios con respecto a sus propuestas fueron sumamente favorables, lo que llevó al World Economic Forum a especular si los robots podrían llegar a plantear las tareas de gobierno mejor que los políticos. En muchos sentidos, una parte importante de lo que hoy consideramos tareas de gobierno y vinculamos con un político humano, [serán automatizadas mediante el uso de algoritmos](#), y coordinadas entre territorios mediante los adecuados sistemas de información. Como presagiábamos anteriormente, los *math men* reemplazarán a los *mad men*, pero no se quedarán únicamente en la capa de marketing, sino que alcanzarán las labores de gestión.

El otro elemento fundamental en política, por supuesto, son los propios ciudadanos. En la práctica, los políticos no se diferencian demasiado de los ciudadanos a los que gobiernan: si son corruptos, suele ser en muchos casos porque existe un clima moral en la sociedad que

gobiernan que lleva a pensar que la mayoría de los ciudadanos, si estuviesen en la situación de tomar decisiones susceptibles de generar su enriquecimiento personal sin un nivel de responsabilidad importante, seguramente lo harían. Si los políticos deciden ignorar cuestiones como, por ejemplo, la emergencia climática, seguramente sea porque no detectan en la ciudadanía una preocupación relevante con ese tema, y por tanto, no les parece un elemento que les vaya a proporcionar una ventaja significativa en la competición por los votos.

En los últimos años, sin embargo, la presión de los ciudadanos con respecto a algunos temas está multiplicándose, y eso está empezando a condicionar las actuaciones de cada vez más políticos. En mayo de 2018, en el Reino Unido, unos cien intelectuales, científicos y figuras públicas publicaron [un manifiesto](#) reclamando un plan creíble para la rápida descarbonización total de la economía antes de 2025, que los gobiernos digan la verdad a sus ciudadanos, y la instauración de una democracia participativa. De ese manifiesto surgió [Extinction Rebellion](#), un movimiento pacífico con un carácter reivindicativo radical, en modo "[seamos realistas: pidamos lo imposible](#)", que sintonizaba además con otros movimientos similares como [Plan B Earth](#) o [Climate Strike](#). Como resultado de sus manifestaciones y del clima de presión generado, el laborista [Jeremy Corbyn](#) lanzó en abril de 2019 [una propuesta de ley en el Reino Unido para declarar el estado de emergencia climático](#), que exigiría medidas con un despliegue mucho más acelerado que lo que la gran mayoría de los gobiernos mundiales habían planteado hasta el momento, y el desarrollo de una nueva mentalidad y conciencia en este sentido. El activismo de los ciudadanos es, sin duda, el elemento necesario para lograr que los políticos actuales se planteen la necesidad de cambiar las cosas, se sientan respaldados para plantearse cambiar una bombilla.

¿Puede la política cambiar el complicado escenario que afronta la civilización humana? Sinceramente, tengo muchas dudas sobre si la actual generación de políticos tiene la talla necesaria para hacerlo. Aún no he perdido completamente la esperanza, aunque confío infinitamente más en la generación que viene que en la mía. Pero tal vez sea, simplemente, una cuestión de instinto de conservación.